Apuntes para una relación genérica en la historia

Margarita Rodríguez García

Sabemos que al hablar de las relaciones entre los hombres y las mujeres en la historia nos enfrentamos, en primer lugar, a una tarea de ardua investigación. En segundo término, asumimos el reto de crear nuevas interpretaciones y conclusiones que, posiblemente, difieran de la historia conocida por todos y todas, pues al ver con otra mirada lo que nos dicen, y no dicen, la historia oficial, las publicaciones de los historiadores, los documentos y aquellos objetos que testifican el pasado, podremos sorprendernos de encontrar valiosa información que nos permita conocer una nueva versión de la vida cotidiana de nuestros ancestros y ancestras.

Estos apuntes son parte de una búsqueda, que tiene como objeto principal hacer visible la presencia y participación de las mujeres, en particular aquellas que habitaron Colima, en el arte, la política, la educación, la economía y el desarrollo social a través del tiempo, así como conocer y comprender lo que significa ser mujeres y su relación con los hombres en las diferentes épocas de nuestro pasado. Cómo veían los hombres a las mujeres, cómo las mujeres se veían a sí mismas o cómo querían ser vistas por ellos.

Muy posiblemente en el camino de esta investigación encontraremos mujeres excepcionales, tanto, que su presencia habrá superado el paso del tiempo y han sido consignadas por la historia. Sin embargo, el trabajo no consiste solamente en resaltar la presencia de excepciones sino rescatar del olvido a las mujeres que en su cotidianidad se sumaron al esfuerzo de sus hombres, hijos, hijas, padres y madres, para obtener los recursos necesarios para subsistir, así como su presencia en otras áreas en las que su participación no ha sido valorada. Del mismo modo, nuestro deseo es analizar las relaciones que se establecieron entre hombres y mujeres, así como entre los hombres y entre las mujeres. A través de esta búsqueda de lo cotidiano se analizará lo que se ha rescatado acerca de la cultura, pensamiento y valores en diferentes épocas históricas.

Desde la infancia, la educación escolarizada inculca el conocimiento de la historia: entre una larga y tortuosa lista de fechas, conocemos del pasado los descubrimientos, los inventos, las revoluciones sociales, los pueblos venidos a más o a menos y, en México, se nos hace valorar a los grandes héroes que nos "dieron patria y libertad" donde, entre decenas y decenas de nombres masculinos, encontramos a las cuatro grandes de nuestra historia: la Malinche, Sor Juana Inés de la Cruz, Josefa Ortiz de Domínguez y Leona Vicario.

Aquí hago un paréntesis. Debido a las interpretaciones de los autores de libros de texto o a los arreglos didácticos de mis maestros, con excepción de doña Josefa Ortiz, las otras tres tuvieron en mi infancia una connotación romántica: La Malinche, enamorada de Hernán Cortés, traiciona a su pueblo y entrega el Imperio Azteca a "su hombre"; Sor Juana Inés de la Cruz era, para su tiempo, una monja rebelde que escribía hermosos versos y se recluyó en un convento; y doña Leona Vicario, enamorada de don Andrés Quintana Roo, no tuvo empacho en huir de su casa y adherirse a la causa insurgente, pues su tío se oponía a esa relación. En la creación de esas imágenes, y quizá no fuera su intención, influyeron historiadores, maestros y libros de texto, además de una que otra

novela y telenovela, de las llamadas históricas, que exaltan hechos románticos y dramáticos para redondear la trama. Por cierto, llamaron mi atención en aquellas producciones de los sesenta y setenta, la coqueta Güera Rodríguez, la desafortunada Juana "La Loca" y la ilusa, y también demente, emperatriz Carlota. A más de 20 años, ahora veo con otra mirada a todas esas mujeres locas-enamoradas.

Volviendo a nuestro asunto, decía que en la escuela aprendemos los principios "fundamentales" de nuestra historia, corre de nuestra cuenta querer averiguar más. La historia básica hace hincapié en los hechos y en el tiempo, dejando pendientes respuestas del cómo. Para quienes la curiosidad es una característica siempre habrá preguntas que alimenten la antropología, la lingüística, la sociología y la arqueología, al mostrar nuevos escenarios interpretativos que nos orillen a observar los acontecimientos objeto de estudio desde otros ángulos.

En mi caso, siempre hubo curiosidad por saber más allá de lo que nos decían los libros de texto sobre cómo vivían los hombres y las mujeres en el pasado, qué comían, qué vestían, cómo se las arreglaban sin los inventos que ahora nos ofrecen gran comodidad en el hogar, en la industria, en el campo, en la oficina; por qué y de qué manera se comportaban socialmente y, sobre todo, por qué la ausencia de las mujeres en la historia. Nuestras cuatro heroínas nacionales se desvanecen entre la elevada presencia masculina; las mujeres parecieran invisibles en la "historia del hombre".

Considero indispensable ver el pasado con una mirada más humana, que nos acerque a la vida cotidiana, a las tradiciones, costumbres, rituales e imaginarios que influían en el comportamiento de los hombres y las mujeres, en sus relaciones, en su poder, en sus expectativas de vida, en su presencia, en su goce, pues todo ello influye en la cultura que hoy compartimos.

Analizar la historia desde la perspectiva de género implica dar cuenta de la manera en que se relacionaban los hombres y las mujeres; los hombres entre sí, las mujeres entre ellas; qué libertades o limitaciones tenían para ser o hacer tal o cual cosa. Estos puntos de referencia nos permitirán interpretar el pasado y comprender mejor el presente.

De acuerdo con Marcela Lagarde,[1] "la vida cotidiana está estructurada sobre las normas de género y el desempeño de cada uno depende de su comportamiento y del manejo de esa normatividad. Si algo es indiscutible para las personas, es el significado de ser mujer o ser hombre, los contenidos de las relaciones entre mujeres y hombres y los deberes y las prohibiciones para las mujeres por ser mujeres y para los hombres por ser hombres. Cada quien a lo largo de su vida ha debido saber todo esto muy bien, no dudar y ser leal al orden, asumirlo, recrearlo y defenderlo". En otras palabras: aquel o aquella que no acate las reglas o responda a las expectativas sociales, de acuerdo con su género, será duramente señalado por la comunidad donde viva, corriendo además el riesgo de ser aislado o excluido de ella.

Cada cultura, cada época, cada región geográfica, cada religión, cada grupo humano en el pasado y en el presente ha establecido muy claras reglas al respecto, aunque muchas veces discordantes unas de otras. Por lo tanto, para comprender las relaciones entre las mujeres y los hombres a lo largo de la historia de un pueblo es necesario conocer, por lo menos, el marco histórico en el que se desenvolvían, la geografía, la religión, las influencias culturales que recibieron, su economía, el escenario ecológico donde se desarrollaron y las normas sociales y de poder prevalecientes.

Actualmente, podemos encontrar en las librerías interesantes publicaciones de investigaciones acerca de la vida cotidiana en el pasado; estos estudios permiten obtener información que conduce a interpretar nuestra propia historia. Por ejemplo, en su voluminoso estudio sobre la "Historia de la vida privada", Georges Duby[2] describe lo siguiente en un fragmento referente a la Europa Feudal del siglo XI:

> El problema de la paz, la amenaza contra el orden establecido en el ámbito privado, se planteaba a propósito de las mujeres de alta cuna. Por ello precisamente se hallaban estrechamente vigiladas y se les exigía sumisión. El eje más sólido del sistema de valores al que hacía siempre referencia en la casa noble la buena conducta, se apoyaba en este postulado, fundado a su vez en la Escritura: que las mujeres, más débiles, y más inclinadas al pecado, debían hallarse muy controladas. El primer deber del jefe de la casa era el de vigilar, corregir, y aun matar si era preciso, a su mujer, a sus hermanas, a sus hijas, a las viudas y a las hijas huérfanas de sus hermanos, de sus primos y de sus vasallos. La potestad patriarcal había de mantenerse reforzada sobre la feminidad, porque la feminidad representaba el peligro. A este grupo de mujeres, inquietante, se les adjudicaban tareas específicas, porque era preciso que estuvieran ocupadas, como seres que eran demasiado frágiles y cuya ociosidad se consideraba particularmente peligrosa. El ideal estaba en un reparto equilibrado entre la plegaria y el trabajo, el de tejer sobre todo.

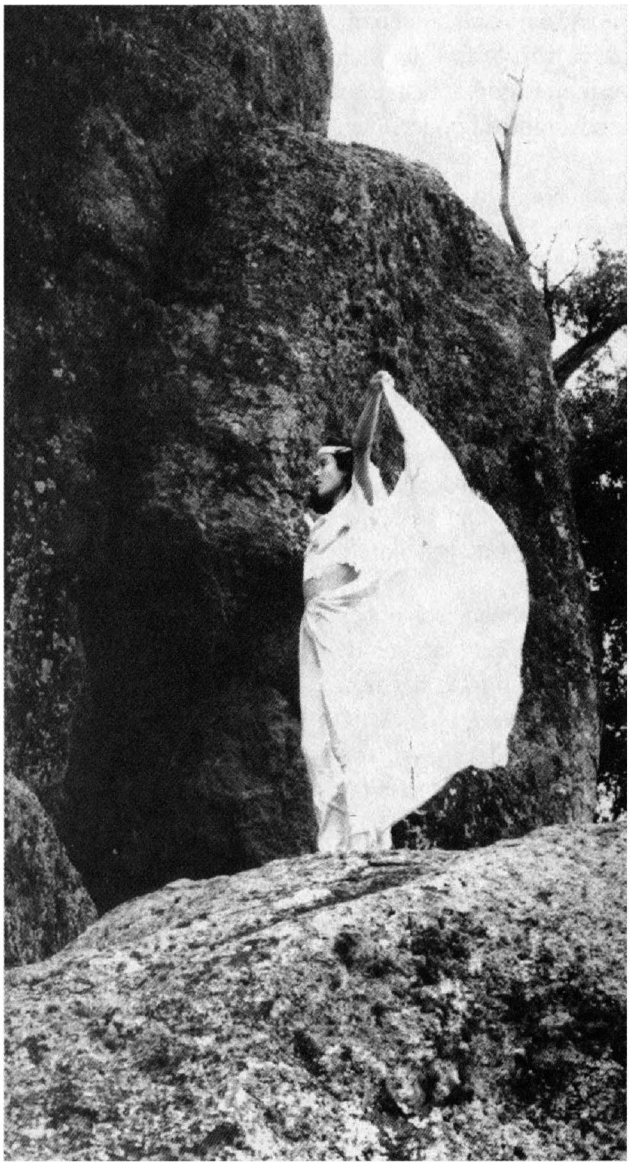
Abordar como objeto de estudio la historia de las mujeres, que conocemos a través de los hombres, no se trata de una guerra entre géneros, sino de comprender

las relaciones intergenéricas e intragenéricas, descifrarlas, ubicarlas en el espacio y en el tiempo, por lo que habrá que cruzar la información que obtengamos en cada caso y circunstancia, y de ello obtener quizá nuevas interpretaciones o conclusiones, que lo mismo estarán sujetas a nuevos análisis.

La cadena no termina, porque la historia no es un producto acabado.

Ahora bien, hemos dicho que en la vida cotidiana se reproducen las normas, las creencias, el imaginario social de quienes integran una sociedad, y de ello surgen múltiples líneas de investigación que pueden resultar muy interesantes. Por ejemplo, el concepto de la belleza.

La belleza es un valor relativo; cada cultura, cada época, tiene su propio concepto de belleza. La o el curioso no puede dejar de sorprenderse al encontrar cómo, en cada cultura, se hace hasta lo imposible por recrear, representar y lograr la perfección de la belleza en sus hombres y sus mujeres.



> Las mujeres del renacimiento no soportaban ser delgadas; dejar que se adivinara la estructura ósea por debajo de la ropa era algo vergonzoso; en aquella época, se necesitaban carnes. Comían cinco veces al día un puré de arañas para engordar rápido; los sirvientes tenían que aplastar a los insectos vivos, ante los ojos de las bellas. En esa época Claudia Schiffer hubiera sido grotesca. Por su parte, los moussey, en Chad, piensan que es necesario limarse los dientes para ser bellos. Eso es la belleza, un asunto de tiempo y de espacio. [Antaki, 1997][3]

Y continúa Ikram Antaki diciéndonos que nada es espontáneo en estos asuntos, todo obedece a un sistema normativo.

> La normatividad de la belleza es un asunto antiguo: encerradas en sus corsés hasta perder la respiración, trepadas sobre tacones de ocho centímetros, cargando faldas de cinco metros de ancho, aplastadas bajo peinados parecidos a unos edificios, devoradas por las pulgas y los piojos, pintadas de blanco, rojo, negro, azul, hasta perder los dientes y la salud, las coquetas del siglo XVIII parecían haber alcanzado las cumbres de lo tolerable. Y es que desde Platón, para nuestra cultura occidental, la belleza del cuerpo ha sido asimilada a la belleza del alma.

Efectivamente, la belleza es un asunto de tiempo y espacio, es la forma de representar ideologías, normas, conductas y creencias, la imagen tiene que ver poco con la realidad. Hombres y mujeres han sido el cuerpo, y su adorno la cultura de los pueblos en los que han vivido a lo largo del tiempo.

Los egipcios eran maestros en el arte de la belleza. Lo que inició como una medida higiénica de control por las grandes plagas de piojos entre la población, se convirtió en el arte de elaborar pelucas, sencillas para el pueblo, más elaboradas para la gente noble. La protección contra los rayos inclementes del desierto, se tradujo en los delicados afeites estéticos en el rostro.

Siguiendo este paseo de la belleza en la Historia, Ikram Antaki,[4] nos dice que "las bellas fueron unas verdaderas *kamikazes*. Aspasia, en el siglo V a. C., rellenaba sus arrugas con un pegamento elaborado con pescado. Cleopatra se blanqueaba con gis; mientras que Agnès Shorel aplicaba sobre sus mejillas la carne caliente de una paloma recién degollada. Las peores torturas pasan por el recuento de la belleza: carbonato de plomo para la tez, plombagina para oscurecer los ojos, minio para enrojecer las mejillas, etcétera. En ello las mujeres dejaban sus dientes, su piel, su vida [...]. Molían caquita de rata, tragaban mezclas innobles y olían a rayos".

♦♦♦

Existen muchos testimonios escritos que dan cuenta de recetas que hacían la suerte de sortilegios para las damas en apuros, sobre todo en aquellas que debían a su presencia y prestancia la permanencia junto al poder, ejercido por los hombres.

> Depilatorio que se hace con el agua llamada "agua de placer": Coged ratas pequeñas y secadlas después de haberlas ahogado. Y cuando estén secas, ponedlas al fuego en una cazuela muy caliente. Tan pronto estén quemadas las convertís en polvo fino y lo guardáis en un pedazo pequeño de lino. Cuando queráis arrancar pelos de alguna parte, haced un pequeño hatillo con este polvo en cantidad de media nuez y la cantidad de agua que sea una escudilla llena y que hierva mucho. Y tomad un trapo de lino mojado en dicha agua y mojad donde queráis arrancar los pelos. Y mantened así el trapo hasta que los pelos sigan al trapo. [*Manuel Dies de Calatayud, siglo XIV*][5]

A fines del siglo XIX, la burguesía se ahogaba en nubes de polvo; los colores están reservados a las cortesanas. La belleza y la moda van de la mano, con toda la carga de creencias y símbolos que la sociedad impone. Las bragas, prenda usada por los hombres desde el Medioevo, son adoptadas en las últimas décadas del siglo XIX por las bailarinas del Moulin Rouge para cubrir el bello púbico cuando levantaban las piernas al compás del *Can Can*; por ello las francesas se resisten a utilizarlas pues la prenda es propia de las "mujeres de la vida alegre". [Soca, 2002][6]

Las mujeres irrumpen en el siglo XX con estilos que escandalizan; nuestras abuelas rompen normas y modelos, son atrevidas y, por supuesto censuradas: los metros de tela que cubrían el cuerpo del cuello a los talones y el tortuoso corsé que impide la respiración desaparecen en la primera década. El pelo largo ya no es prototipo de la feminidad y el *charlestòn* es la música de fondo que provoca el movimiento cadencioso, frenético y escandaloso de las mujeres y los hombres del siglo XX.

Pasan los años y continúan los cambios, la belleza es misteriosa con Greta Garbo, es inocente y tímida con Doris Day y Judy Garland, es voluptuosa con Elizabeth Taylor y Brigitte Bardot, es fuerte y altiva con María Félix, es sufrida y abnegada con Dolores del Río, pero todas se desvanecen ante la fuerza, el arrojo, el carácter que derrochan los "otros": Clark Gable, James Stewart, Glenn Ford, Gregory Peck y por supuesto nuestros mexicanísimos Pedro Armendáriz, Pedro Infante o Jorge Negrete.

En 1970, con la píldora y el feminismo, descubrimos la naturaleza y, la crema rejuvenecedora de colágeno. Entramos a la década de la "hidratación", de la "acción en el corazón de la célula", de las máscaras de pepinos y otras hierbas. Los años ochenta son los de la mujer "activa" que quiere volver a lo auténtico: la tierra, el fuego y el sol. Los fabricantes crearon el maquillaje anticontaminante que protege la piel como los monumentos históricos".[7]

Ahora, en el siglo XXI, el descubrimiento del mapa genético ofrece la posibilidad de aminorar el proceso de envejecimiento celular y, con ello, la esperanza de encontrar quizá la fuente de la eterna juventud.

La belleza, es un tema que tiene relación con las mujeres y con los hombres a lo largo de la historia de los pueblos. Los hombres también han procurado verse bellos, recordemos a los competidores en las Olimpiadas, el eterno culto al cuerpo, a los persas en la época de Alejandro Magno, a los franceses del siglo XVIII y a los *punks*.

La belleza es un modelo, es un arquetipo estético, es una visión publicitaria para homogenizar y clasificar la clase, la sociedad, la etnia, las creencias, el poder. Hombres y mujeres adoptamos patrones culturales; negamos nuestro cuerpo para asumir modelos, ahora es la época de la talla cero, de la bulimia y la anorexia. La imagen se transforma en el vehículo de una sociedad que desea imponer cambios o modelos de vida.

El cuerpo es entonces un objeto cultural pensado, organizado y construido. Cada grupo cultural tiene sus cánones y su cuerpo ideal, por lo que el concepto de belleza es relativo.

La belleza duele, decía mi abuela, y sí, duelen los pies calzados con tacones de 10 o 15 centímetros, se atrofia la cadera al paso de los años; duele la piel al depilarse, duelen los tatuajes, duele el estómago de hambre, duelen los huesos.

Nuestra especie responde a ideas, creencias, imaginarios, no siempre benéficas para los humanos y las humanas. Es importante identificar aquello que limita, atrofia y causa dolor al cuerpo por responder a lo que llamamos usos, costumbres y moda.

Por último, quiero mencionar brevemente algo sobre el vestuario. En las regiones frías, templadas o desérticas el cuerpo se cubre, en principio, para proteger al cuerpo del clima, pero conforme evolucionaron culturalmente los pueblos se le otorgó al vestuario una connotación simbólico-jerárquica. En los cultos religiosos el vestuario es simbólico, y va desde la falda de serpientes de las diosas indígenas, hasta el manto estrellado de las vírgenes cristianas. En el ámbito terrenal, la mujer noble o pudiente debe distinguirse del resto de las mujeres por su presencia y, en orden descendente de poder, económico o político, vemos como se va degradando la calidad de la

♦♦♦

tela al uso social: de la más fina seda al algodón; del uso de zapatos de fina piel a los pies descalzos de las trabajadoras domésticas o mujeres campesinas. El vestuario es un factor importante en el establecimiento de los estereotipos. Nada es casual, todo es construido y responde a una serie de circunstancias culturales, históricas, políticas y económicas, que vistas desde nuestras trincheras, deben alertarnos para analizar lo que sucede en nuestra comunidad, en nuestra región, en nuestra cultura. Los medios de comunicación contribuyen, en gran medida, a reproducir los valores y estereotipos de nuestra sociedad, ello es particularmente notorio en el caso de la televisión, tanto en las películas y series como en las telenovelas, anuncios publicitarios y desgraciadamente en las series educativas. [Bustos, 1998]

La belleza es una expresión cultural; sin embargo, cuando está de por medio la salud, el desarrollo personal y la autoestima, nada es inocente. Analicemos y aprendamos del pasado. Sigamos admirando a las mujeres de Rubens, Boticelli, Da Vinci o Rafael, pero pensemos por un momento, qué había tras la belleza que ellos representaban utilizando el cuerpo de sus modelos.

Las contribuciones que se realicen para analizar la dinámica histórica en torno de las relaciones genéricas entre hombres y mujeres, seguramente permitirán comprender nuestra forma actual de vida; serán tema de discusión para aquellos que no han entendido que muy posiblemente nos encontramos en una época de transición. Para ellos señalo que la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la ONU ha manifestado la necesidad de transformar los modelos que han provocado el desigual desarrollo de hombres y mujeres, incidiendo profundamente en el bienestar y la salud de la ciudadanía de muchos países. [ONU, 1998][9]

No es ocioso descubrir nuestro pasado, pues con ello aprenderemos a entender el presente. Rescatemos del olvido a las mujeres, a sus hombres, a sus hijos e hijas, que no llegaron a ser héroes y que sin embargo fincaron las bases de nuestra cultura, a través de la cual nos legaron sus creencias y modelos sociales para ser, en muchos casos, eliminadas las primeras y deconstruidos los segundos. Sigamos pues en nuestra búsqueda. ♦

Notas

[1] Lagarde, Marcela. *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Horas y Horas, Madrid, 1997, p. 19.

[2] Duby, Georges y Philippe Ariès. *Historia de la vida privada* (Tomo II). Grupo Santillana, Taurus, España, 2001, p. 214.

[3] Antaki, Ikram. *El banquete de Platón. Grandes temas*. Editorial Planeta Mexicana, México, 1997, p. 33.

[4] *Op. cit.*, p. 38.

[5] Dies de Calatayud, mayordomo del rey Alfonso *El Magnánimo, siglo XIV*. Manuscrito no. 68 de la Bib. Un. de Barcelona. Folios 151 a 170. Ed. Lunas. Barcelona, 1993, p. 34.

[6] Soca, Ricardo. *Braga, la palabra del día*. En: La página del idioma español: www.elcastellano.org, octubre 2002.

[7] Antaki, Ikram., *op cit.*, p. 39.

[8] Bustos Romero, Olga. "Género, generación y clase en los modos de ver las telenovelas mexicanas", en: *Estudios de género y feminismo II*. Distribuciones Fontamara, México, 1998, p. 407.

[9] Pérez de Cuéllar, Javier (comp.). Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. ONU, México, 1997.

